

Los misterios ó pasos que se contemplan en cada una de las tres partes del Rosario son cinco, número sagrado para los cristianos, eterno recuerdo de las llagas del Salvador, cuya memoria es siempre dulce, santa y saludable. De aquellas cinco milagrosas fuentes brotan las aguas de la gracia, que purifican el mundo; nuestros cinco sentidos son como el principio de la infección moral de nuestro sér, todos ellos están corrompidos, la culpa de Adán los torció miserablemente; mas las cinco llagas de Cristo les restituyen la primitiva rectitud, les purifican y santifican, y hacen de ellos no instrumentos de perdición, sino medios de santificación y glorificación del hombre.



PARTE SEGUNDA.

MATERIA DEL ROSARIO, Ó ELEMENTOS DE QUE CONSTA.

CAPÍTULO I.

La señal de la cruz.

CMPEZAMOS el Rosario haciendo sobre nuestro cuerpo la señal de la cruz. El místico Rosal tendió por primera vez sus ramas sobre el palo de la cruz, y allí florecieron las encarnadas rosas de las llagas de Cristo. El Rosario y la cruz están, pues, íntimamente entrelazados y viven jun-

tos en un tierno é inseparable abrazo. Quien no ama la cruz no puede amar el Rosario; ambos son símbolos que representan la fe y la virtud cristianas. La cruz abrazada por el místico Rosal florido es la cruz cristiana, que con el contacto del sagrado cuerpo de Cristo y empapada de su divina sangre, perdió el horrible aspecto de cruz de muerte, convirtiéndose en árbol de vida, y floreció quedando cubierto de ricas y olorosas rosas.

Desde entonces la horrenda cruz no fué ya instrumento de tormentos, sino de dulzura, de gozo y de paz. Como convidando á la verdadera felicidad, Cristo llama á los hombres al seguimiento de la cruz; es el real estandarte de su espiritual ejército y el sello de su divina soberanía. Todos los actos de la vida sobrenatural del cristiano vienen marcados con la cruz; con ella se administran los Sacramentos, se consagran las iglesias y los vasos sagrados, se bendice al pueblo, se dedican á Dios las cosas materiales; y este santo signo estampado en cualquier objeto, hácelo desde luego sagrado, santo y querido al hombre de fe. Segun el testimonio de los primitivos apologistas, aquellos fervorosos cristianos de su tiempo, en todas

ocasiones hacian uso de la señal de la cruz: al entrar y salir de casa, al pasearse ó al sentarse, al entrar en el baño ó al meterse en cama, en cualquier ocupacion que tomasen empezaban antes marcando sus frentes con el signo protector de la cruz (1). Y si á cualquier ocupacion, por trivial que fuese, precedia el venerable signo, ¿cuánto más debe preceder al ejercicio santo, sobrenatural y divino de la oracion?

En todas ocasiones nuestros enemigos invisibles nos hacen guerra, pero ésta es más encarnizada en cuanto nos ocupamos en cosas más santas; así Dios acrisola la virtud de los suyos y prueba la lealtad de sus servidores. Espantan los combates que han tenido que sostener los atletas de Cristo con los ángeles malos, y siempre los han vencido con la cruz. La gente moderna generalmente no sabe comprender las titánicas luchas que san Antonio Abad y otros solitarios primitivos sostuvieron con los demonios; y no obstante, el mismo Evangelio de Jesucristo nos relata exactamente las agresiones de que este divino Señor fué objeto por parte

(1) Tert. *De Cor.* instit. 3.

de los espíritus malos. Los grandes santos tenían ya vencido y dominado el mundo material; para que con el ejercicio se acrecentasen todavía sus fuerzas, necesitaban contradicciones de mayor tomo que las provenientes de las criaturas mundanas, y por esto el soberano Juez que preside la batalla de la vida, permitía que las legiones infernales atacasen á tan esforzados campeones. Toda obra de Dios tiene, pues, segura la impugnacion diabólica; y como nuestras pobres oraciones son, á pesar de su mezquindad, obras divinas, sobrenaturales, y culto y honra del Señor, necesitamos al comenzarlas armarnos con el arma de la cruz. Con ella nuestra santa Madre la Iglesia combate á los enemigos invisibles, y mostrando el sagrado madero pronuncia aquella oracion del exorcismo: *Ecce crucem Domini, fugite partes adversæ*; y al primer Emperador cristiano fuéronle dichas, ante la milagrosa cruz que apareció en los cielos, aquellas palabras: *In hoc signo vinces*.

La cruz, de consiguiente, debe encabezar todos los actos de la vida militante del cristiano, y sobre todo de su vida sobrenatural; con ella hacemos profesion de nuestra fe y

nos armamos de una fuerza divina; por esto antes de empezar el Rosario la hacemos sobre nuestro cuerpo, y pronunciamos aquella oracion más antigua que Jesucristo: *Señor, abrid mis labios; y mi voz pronunciará vuestra alabanza. Dios mio, en mi favor benigno entiende; Señor, á mi socorro presto atiende*. Y entonces, confiados ya fundadamente en el auxilio divino, entramos á platicar dulcemente con Jesús y María, y á glorificar con toda nuestra alma al omnipotente Dios tres veces santo.

